



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**

## **LECTURA SESIÓN 7**

### **CT 116 LITURGIA II**

Barth, Karl. “Preparación de la predicación”. En *La proclamación del Evangelio*, traducción de Francisco Báez, 75-102. Salamanca: Sígueme, 1969.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

### 3. Preparación de la predicación

**U**NAS veces el pastor llega a creerse obligado a decir en su próxima predicación, todo aquello que puede sacar de su profunda intimidad. Otras se preocupa, porque no sabe muy bien qué mensaje en concreto es preciso ofrecer. Ni una ni otra situación debe ser tomada en serio. Todo lo que ha de decir le será dado; es preciso que lo sepa. Que refrene, pues, un poco lo que viene al espíritu, y que escuche. O bien que se deje consolar por Aquél que concede lo que ordena. ¿No tenemos el antiguo y el nuevo testamento? En ellos hay mucho que decir.



### *Elección del texto*

**L**A Escritura está ante nosotros. Hay dos cosas que considerar: lo que se debe hacer, y lo que no tenemos derecho a hacer. Cada vez que elegimos un texto, nos situamos ante la decisión: obedecer, o desobedecer a la Palabra, a Dios mismo. Desobedecemos si nos imaginamos poder nos colocar ante la Escritura con nuestra propia libertad y nuestro poder autónomo. Si nos ponemos en verdad a disposición de Dios, la obediencia nos servirá de guía en nuestra elección.

No está permitido poner arbitrariamente la mano sobre la Escritura, buscar en ella un texto que nos sea cómodo, que parece convenir a lo que nos gustaría decir. El texto no puede ser tratado según nuestros deseos. Es él quien manda, no nosotros. Está por encima de nosotros, y nosotros estamos aquí para servirle. Para evitar que nos extraviemos, en cuanto sea posible, retengamos las notas siguientes:

1. No elegir un texto demasiado corto. Si no se tiene cuidado, el peligro señalado sería más terrible que con una perícopa. Por ejemplo, no separar la primera bienaventuranza; o bien 1 Jn 4, 16, que puede tentarnos para utilizarlo al servicio de nuestra propia elocuencia, en lugar de dejarse conducir por lo que allí se dice. Añadamos sin embargo que si la predicación es esencialmente explicación bíblica, evitará el peligro de los textos cortos.

2. Vigilar aquellos textos que pasan por fáciles y que son a menudo citados. Así, en la fiesta de la Reforma, no desviar arbitrariamente el sentido de Gál 5, 1; y en el día de los difuntos, no dar a Jn 11, 3. 16 otro sentido que el impuesto por el contexto. La poderosa luminosidad de una palabra bíblica permanecerá siempre más grande en el contexto querido por Dios, que en los discursos, tal vez bellos e interesantes, pero que violentan a la Palabra de Dios.

3. Nada de alegorías. No ejercitar nuestros talentos sobre la Palabra. Se la impide así resonar claramente. Procuremos por tanto, no dejar hablar a nuestra individualidad ni extendernos sobre nuestra situación personal, por ejemplo en imágenes, parábolas, o historias que hemos vivido.

4. La predicación no debe ser un discurso utilitario. ¡No servirse del salmo 96 para preconizar el mejoramiento del canto, o deducir de él un reclamo para la música!

5. Para evitar volver demasiado a menudo sobre los mismos fragmentos, podríamos atenernos a una lista basada en el año eclesiástico, o bien hacer una serie de predicaciones sobre un mismo libro. Del contacto frecuente con la Escritura puede resultar que algunos pasajes se impongan al predicador como un mandato. Se supone que el pastor consulta su Biblia en otras ocasiones además de para predicar.

6. No se puede hacer a la vez una predicación sobre un tema (predicación temática) y sobre un texto (homilía). En el marco de la Iglesia, no hemos de exponer principios cristianos u otros temas de este género. Lo que hemos de oír, es lo que Dios dice a la Iglesia, lo que constituye su fundamento y edificación. Si se quiere ganar incluso a personas extrañas a la Iglesia, se trate de evangelización o de misión, comencemos por no apartarnos nosotros mismos del servicio que se nos ha encomendado.

7. Evitar poner especialmente de relieve conmemoraciones o acontecimientos particulares. Lo que parecería útil señalar a la comunidad podría encontrar eco en la predicación, pero tal cosa puede también pasar en silencio: esto no dependerá de la voluntad propia del predicador, sino de la exigencia que la Palabra de Dios le imponga. La Escritura debe encontrar un puesto muy claro en el espíritu del predicador. Para esto, es preciso someterse a una rigurosa disciplina. Oigamos sólo lo que dice la Palabra, no lo que el gran público, la pequeña comunidad o nuestro corazón querrían oír.

## *La preparación propiamente dicha*

### *1. La función receptiva*

El término “receptivo” es opuesto a “espontáneo”. Se podría decir también: pasivo u objetivo, por oposición a activo o subjetivo. Pero de todas maneras, estos dos últimos términos deben emplearse con reserva. Se trata de escuchar lo que se dice en el texto. Comencemos simplemente por leerlo, pensándolo palabra por palabra: es ahí donde está la materia de nuestra predicación. Leer el texto, pero en el *original*. Toda traducción es fuente secundaria y representa por sí sola un verdadero comentario.

Cuando abrimos nuestra Biblia, se nos plantea, pues, el importante problema de la lengua. No nos referimos a una cualidad particular que haría del hebreo y del griego las lenguas del Espíritu Santo. No hay razón alguna para buscar en estas lenguas una aptitud especial que las convierta en instrumentos de la Palabra de Dios. Sin embargo, la revelación se ha realizado por medio de estas lenguas. Hemos, pues, de trabajar sobre estos documentos. Al escuchar una predicación, nos podemos dar cuenta si está preparada según el original. En el original, se descubren relaciones e informaciones que son invisibles en la traducción.

Después, podemos recurrir a las diversas versiones. Se recomienda al predicador no leer su

propia traducción, pero podrá indicar en su sermón correcciones y matices.

Tras la lectura atenta del texto viene el problema de su contenido. Conviene desde luego dar al contexto todo su valor. Un texto bíblico no es un recorte; está situado en un lugar determinado, forma parte de un conjunto. Muchas predicaciones tendrían otro cariz si se tuviese seriamente en cuenta lo que precede al texto y lo que le sigue.

Ahora comienza el análisis. Anótese un cierto número de puntos, el objeto de la perícopa, sus diferentes partes, el orden de las ideas; es preciso también resaltar la línea que sigue el desarrollo del texto. Solamente entonces se podrán consultar los comentarios. El comentario se distingue de la traducción en que las diferentes partes del texto están, una a una, sometidas a estudio. En la elección de comentarios, nos encontramos generalmente ante dos tipos absolutamente diversos: los que datan de fin del siglo XVIII a nuestros días, y los que son anteriores.

Los primeros están bajo el signo de la investigación histórico-crítica. Tenemos el deber de leerlos. Son un medio para comprender mejor la Escritura que los antiguos no han sabido siempre tener presente; las situaciones en las que la Biblia se presenta bajo el aspecto histórico y terrenal tienen también algo que decirnos. Naturalmente este método presenta algunas dificultades que los antiguos no tenían que resolver. Sea lo que sea, ha tomado con los tiempos una im-



portancia hipertrofiada: se llega a identificar pura y simplemente el sentido real de la Escritura con su sentido histórico. Estamos en presencia de un verdadero dogma, ante todo extraeclesiástico y pagano, y en el que, en definitiva, no se reconoce más que al hombre, es decir, todo lo que constituye su mundo incluida la religión. Evidentemente, no se puede partir de tal dogma para componer una predicación. Si este dogma fuese válido, el lazo canónico que nos ata a la Biblia no tendría sentido; porque, fuera de la Biblia, hay toda una literatura sobre este aspecto de las cosas. Ahora bien, la sagrada Escritura es el testimonio exclusivo de la revelación de Dios, el único medio de transmisión de la Palabra de Dios.

Sin embargo, debemos conocer comentarios resultantes de la investigación histórica. Si, en los tiempos modernos, la atención se ha dirigido especialmente hacia el lado humano de la Biblia, no es ésta una razón para ignorarlo. Porque, no lo olvidemos, la revelación es la Palabra hecha carne, y por eso mismo, ha llegado a ser un acontecimiento histórico.

Pero entonces, ¿en qué medida esta palabra humana es el testimonio de la Palabra de Dios? ¿En qué medida, este texto nos dice algunas cosas que, más allá de lo humano, nos remita al "Emmanuel"? Ningún problema crítico puede dispensarnos de plantearnos esta cuestión y de tomarla en serio. La Palabra se ha hecho carne, sí, pero es la Palabra; he aquí el dogma cristológico de la Biblia. En la Biblia, vemos hombres

condicionados y sometidos por una verdad que vino sobre ellos; hablan de la revelación de la que han sido testigos y lanzan sus miradas hacia la revelación que viene. Hay algo que los comentaristas modernos no nos dicen, no pueden decirnos. Es preciso recurrir a los antiguos (junto a los cuales, por lo demás, los modernos parecen inferiores por sus variaciones), a los trabajos exegéticos de Calvino y de Lutero, y, con alguna reserva a causa de las influencias platónicas, a los de san Agustín. Se pueden leer también colecciones de predicaciones. Las de Calvino, por ejemplo, son excelentes explicaciones de la Escritura.

Notemos, al terminar este capítulo, algunos datos esencialmente prácticos:

¿Qué hacer si, excepcionalmente, llega la ocasión en que falta tiempo para una preparación tan completa...? Será preciso recurrir al menos al texto original y a una buena traducción. Seguramente se trata de un caso extremo. Para nosotros que, frente a la Iglesia romana, tenemos este verdadero tesoro, la Palabra, la preparación de la predicación debe ser el deber primordial del pastor.

Si una predicación tiende a dejarse encadenar en un biblicismo personal, la necesidad del comentario se impone. Las advertencias saludables contra parecido error se encuentran, por lo demás, en la misma Escritura.

¿Qué actitud adoptar ante un texto inauténtico...? En la Iglesia, estoy llamado a oír la Pa-

labra de Dios. El juicio, pues, del historiador no puede hacer inutilizable un texto.

## 2. *La función espontánea*

Hay aquí dos elementos que considerar: el modo de interpretar el texto y la forma de actualizarlo. Examinemos estos dos puntos.

### I

Una vez realizado el trabajo del que acabamos de hablar, nos situamos ante el hecho de que la Biblia es a la vez un libro histórico y el libro de la Iglesia.

Como libro histórico, es un monumento (*monumentum*: aquello que habla sobre alguna cosa del pasado) que nos hace conocer un trozo de historia de la piedad humana. Esto es precisamente lo que los comentadores modernos han puesto de relieve. Pero hay otra cosa aún en este libro. Para el predicador, como para todo hombre que lee la Biblia como ésta debe ser entendida, este libro es en verdad un *monumento* que se refiere al pasado, pero es también un *documento* que tiene un sentido para hoy día. Este libro nos habla de una decisión realizada en otro tiempo, decisión que tiene también su aplicación en el momento presente. Por eso lo abrimos hoy día.

La Biblia es el único documento de la revelación, pero un documento suficiente. Por eso lo

llamamos la sagrada Escritura, la Palabra de Dios que llega hasta nosotros. Si se comprende bien que este libro es el testimonio de la Palabra de Dios, puede parecer inútil hablar del objeto y del tema de la predicación; sólo hay un objeto, un solo tema: la revelación de Dios, Jesucristo.

Sin embargo, lo que figura en el texto bíblico, recordémoslo, no es la revelación misma, sino el testimonio de la revelación. E incluso este testimonio es expresión humana; nos ha sido dado por los profetas y los apóstoles, que no hablan de su propia cosecha, sino que estaban obligados a ello, como dice Pablo, que no podían hacer de otra manera, como dicen los profetas. Ofrecían este testimonio como podían, y sintiendo su responsabilidad ante los hombres a los que hablaban. Jn 1, 7-8, por ejemplo, nos muestra claramente lo que es el testimonio. Juan Bautista no es la luz, sino su testigo:

He aquí el cordero de Dios que lleva sobre sí los pecados del mundo.

La tarea del predicador consiste en hacer oír este testimonio que ofrece el texto. Una predicación es buena cuando es la actualización, en el tiempo presente, de este testimonio de los profetas y de los apóstoles. No se trata de hacer una exposición de verdades conocidas: excelencia de la fe, Dios y patria, u otros temas de este género, sino de remitir sin cesar a la verdad divina ignorada por los hombres, y de hacerlo en la esperanza y la oración. En la predicación, es pre-

ciso tener constantemente este pensamiento: la verdad que está detrás del texto bíblico es desconocida a los hombres. Dicha verdad quiere manifestarse, debe ser absolutamente conocida. Pero el predicador no tiene por qué atormentarse. Basta con que se esfuerce por decir, siguiendo a los profetas y a los apóstoles de la mejor forma que pueda, lo que éstos han oído.

Es preciso hacer aquí tres advertencias sobre la forma de exponer el texto.

1. Hemos señalado que la Biblia es monumento y documento al mismo tiempo. Pero lo mismo que es preciso actualizar el documento, no siempre es necesario actualizar el monumento. Lo histórico sólo debe jugar un papel en la medida en que forma parte del testimonio. En la predicación, se trata de seguir la dirección del texto, y esto en relación con nuestro tiempo. El texto nos da la dirección del camino, pero nosotros hemos de recorrer este camino en el tiempo actual.

2. Procuremos no recaer siempre en el mismo esquema, por ejemplo repitiendo en cada predicación: “El hombre es pecador, pero Cristo interviene; es preciso que el hombre se mejore”. La Escritura es muy rica, y los caminos que adopta son infinitamente variados. Si se tiene en cuenta esta observación, tendremos cada domingo alguna cosa nueva que decir; y será éste un signo del gran comienzo, siempre nuevo, que emprendemos con Dios, porque es él quien ha querido comenzar con nosotros.

3. Es preciso una vez más denunciar el peligro de un biblicismo arbitrario y demasiado original. El medio para preservarnos de él es mantener un contacto estrecho y constante con la historia de los dogmas y la dogmática de la Iglesia. Los dogmas son como boyas, postes indicadores que señalan la buena dirección. No es preciso hacer una exposición de los dogmas ni exponer su contenido teológico, sino dejarse guiar por ellos.

Tomemos ahora tres esquemas de predicación<sup>1</sup> para ilustrar lo que venimos diciendo:

Por ejemplo el salmo 121:

- 1 Levanto mis ojos a los montes:  
¿de dónde vendrá el auxilio?
- 2 El auxilio me viene del Señor  
que hizo el cielo y la tierra.
- 3 No permitirá que resbale tu pie,  
tu guardián no duerme;
- 4 no duerme ni reposa  
el guardián de Israel.
- 5 El Señor te guarda a su sombra,  
está a tu derecha;
- 6 de día el sol no te hará daño,  
ni la luna de noche.
- 7 El Señor te guarda de todo mal,  
él guarda tu alma;

---

1. Estos tres ejemplos han sido expuestos en el Bulletin du Centre protestant d'études. Genève, juin 1954.

8 el Señor guarda tus entradas y salidas  
ahora y por siempre.

Este salmo tiene cuatro partes:

a) Versículos 1-2. Se trata aquí de un canto de peregrinos que habla de la ayuda que Dios ofrece al hombre débil y desamparado. Este hombre sabe que existe una ayuda para él; más aún: sabe de dónde viene esta ayuda. Dirige su mirada en esta dirección, es decir hacia Jerusalén donde reside el Señor Dios, el todopoderoso, el creador del cielo y de la tierra. De allí es donde le viene el socorro. Así, pues, existe un lugar, también para nosotros, de donde podemos esperar el rescate.

b) Versículos 3-4. Esta certeza, la tenemos porque Dios, nuestra ayuda, es activo, actúa: nunca se adormece, jamás permanece inaccesible al que tiene necesidad de él. No está ausente, manteniendo una existencia pasiva en esferas lejanas y fuera de todo contacto con este mundo. Por el contrario, el Señor está presente, con una proximidad inmediata, y siempre podemos encontrarle.

c) Versículos 5-6. Dios nos guarda precisamente cuando el peligro es más grande, y amenaza destruirnos. El elemento histórico no juega aquí ningún papel. El mal tiempo local, provocado por el sol o la luna, es totalmente secundario y sin importancia para nuestra interpretación.

d) Versículos 7-8. La comunidad del antiguo testamento tenía costumbre de orar por cada uno de sus miembros, y encontraba su fuerza y su consolación en esta intercesión de unos por otros. También nosotros sabemos que hoy, alguien ruega por nosotros, pero de una manera mucho más eficaz que entonces: el mismo Cristo interviene ante Dios todopoderoso. Su oración es nuestra esperanza y nuestra fuerza.

Una predicación sobre el salmo 121 podría seguir este esquema. No se trata ahora de exponer un tema concreto.

Veamos un segundo ejemplo: Jn 13, 33-35.

(33) Hijos míos, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Vosotros me buscaréis y, lo mismo que les dije a los judíos, os digo también ahora a vosotros: adonde yo voy, vosotros no podéis venir. (34) Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. (35) En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros.

Estos tres versículos vendrían bien para una predicación en tiempo de pasión. Están naturalmente en estrecha relación con lo que le precede. El versículo 30 señala el comienzo de la fase final y última de la pasión del hijo del hombre. La encarnación de Dios se realiza en este momento, en esta noche: una última y suprema glorificación le ha sido asegurada en su misma humillación. Versículo 31: al mismo tiempo, es glo-



rificado en su próxima elevación. El paso que Jesús está a punto de dar hacia el sufrimiento más sombrío anuncia ya su transfiguración, su tránsito a la gloria.

En el versículo 33 interviene un elemento nuevo. “Hijos míos... os digo también...”: estas palabras se dirigen en primer lugar al pequeño grupo de discípulos presentes, pero este grupo se extiende ya por todo el mundo creyente. El conjunto de la comunidad de los creyentes existe en estos pocos apóstoles. Jesús les comunica a todos sus últimos pensamientos. Ellos deben saber y comprender que no podrán seguir a Cristo por este camino. Ni el mundo, ni la Iglesia serán capaces de imitar lo que a sólo Cristo le ha sido encargado realizar. Sólo Cristo puede iniciar el camino trazado por el Padre, y recorrerlo, a través del mundo.

Pero he aquí que en el versículo 34 aparece, de una manera sorprendente, un nuevo mandato. Esta orden no habla de imitación: exige el amor mutuo. Esta obediencia responde a una orden muy directa. “Amaos los unos a los otros”, porque el amor ha llegado a ser la naturaleza nueva de quienes han visto a Jesús. Ahora bien, el mundo debe oír la palabra de Jesús por mediación de la Iglesia, por mediación de sus miembros. Y esto solamente se realizará “si os amáis unos a otros”. No se dice que el mundo entero será conquistado por esta palabra de Jesús sino que el comportamiento de los discípulos muestra-

rá si éstos están con Jesús. Este comportamiento es la característica de la Iglesia en medio del mundo.

Este esquema sólo quiere ser una exposición para ayudar a aclarar la línea de este texto, no un modelo. Nuestra tarea consiste en ofrecer en nuestra lengua y para gentes de hoy día lo que se encuentra en el texto. Realmente algunos de estos versículos contienen una riqueza inagotable.

Un último ejemplo: Ef 2, 1-10.

(1-2) Y a vosotros que estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis en otro tiempo según el proceder de este mundo, según el príncipe del imperio del aire, el espíritu que actúa ahora en los rebeldes... (3) entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados por naturaleza, como los demás a la cólera... (4) Pero Dios, rico en misericordia, por el grande amor con que nos amó, (5) estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo —por gracia habéis sido salvados— (6) y con él nos resucitó y nos hizo sentar en los cielos en Cristo Jesús, (7) a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. (8) Pues habéis sido salvador por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es don de Dios; (9) tampoco viene de las obras, para que

nadie se glorie. (10) En efecto, hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos.

Este pasaje plantea de forma aguda el problema de la predicación sobre el pecado. Establece al comienzo que todos los oyentes del apóstol han sido hombres pertenecientes a este mundo, y por lo mismo sumidos en el pecado, viviendo en este mundo como seres independientes (sin Dios) y rebeldes. Esta situación era totalmente extraña a la vida verdadera. Los hombres estaban muertos, en el verdadero sentido de la palabra, bajo la cólera de Dios. En el versículo 3, que resalta la realidad concreta y terrible del pecado, se opera un cambio prodigioso: al “vosotros” sucede bruscamente un “nosotros”, por el que Pablo se declara perdido en el pecado como los demás.

Pero nos enteramos de algo maravilloso: la totalidad del pecado es relegada al pasado. Este hecho no implica en manera alguna un debilitamiento de la conciencia del pecado; por el contrario, este rechazo pone en evidencia su carácter abominable. La horrible realidad y la permanente actualidad del pecado permanece, aunque éste haya sido rechazado a un tiempo que se encuentra a nuestra espalda. Este pecado está ahí, en todos los tiempos, pero está rechazado, vencido. Está privado de su poder de dominio y de destrucción.

Los versículos 4-7 designan al vencedor de todo lo que lleva la señal del pecado... La buena nueva resuena: todos los que estabais muertos bajo el yugo del pecado, habéis resucitado en Cristo. Esta resurrección de los muertos es la obra de Dios, de él sólo, obra realizada en Cristo y en su elevación. El combate contra el pecado está lejos; la batalla está ganada, aunque no ha terminado todavía. La victoria es cierta. Así es como Pablo combate el mal. Nada de líneas morales, de planes de batalla, de preceptos éticos, sino sólo volverse hacia aquél que desposeyó al pecado de su poder de una vez para siempre. Esta referencia a Cristo será desarrollada en el versículo 7. Pablo ve en los cristianos el objeto de la bondad de Dios. Dios, en su infinita riqueza, nos ha preparado una herencia incorruptible.

Los versículos 8-10 nos sitúan en el tiempo que va de la resurrección de Cristo a su regreso. Lo que somos en este tiempo intermedio no lo somos por nosotros mismos. No tenemos, pues, razón ni derecho alguno para gloriarnos. No son nuestras obras quienes hacen que seamos lo que somos. Es la gracia de Dios que nos ha salvado por medio de la fe; y esta fe, también ella, es un don de Dios. Así, pues, ¿dónde encontraríamos un motivo de orgullo cualquiera que fuese? Y, sin embargo, hemos sido creados para las buenas obras que debemos practicar. Es importante resaltar que Pablo evita aquí todo imperativo: se sirve del indicativo. Quiere apartar cualquier duda sobre este punto: todo es obra de Dios, nada procede de la iniciativa humana.

Este pasaje es típico del testimonio apostólico, que nunca expone un tema particular, sino que se somete únicamente al gran tema de la Biblia. Este mensaje debe ser claramente dado a la comunidad cristiana.

## II

Hemos hablado de la orientación seguida por los autores bíblicos al exponer su testimonio. Vamos a ver ahora cómo seguir este mismo camino en nuestro tiempo. Nos referimos al tiempo en el que vive la comunidad a la que debemos hablar, y que debe oír siempre de nuevo la Palabra. Bautizamos en la Iglesia, y es preciso hacer una llamada a la fe fundada sobre el bautismo. Y aquellos a quienes nos dirigimos tienen esto de común: para ellos nada hay más seguro que su muerte.

Pero si quiero dirigirme a ellos de forma comprensible, es preciso que les conozca en su individualidad propia, en aquello que constituye su vida, sus posibilidades, su buena o mala voluntad, a fin de encontrar el medio de captarlos y de que la Palabra llegue a serles inteligible.

No nos dejemos turbar por el problema de si un hombre puede dirigirse a otro de tal manera que este último escuche con fe. Primero es preciso que haga todo lo que esté en mis manos para que la predicación no sea un monólogo, magnífico quizás, pero que podría ser inútil para la comunidad. El hombre al que voy a dirigirme

debe estar continuamente presente en mi espíritu durante mi preparación; del conocimiento más o menos completo que yo tenga de él fluirán ideas inesperadas y asociaciones que me acompañarán de versículo en versículo. Estas ideas y asociaciones constituyen el elemento de actualidad, y si bien los resultados de nuestra exégesis teológica representan el fundamento sólido, el elemento de actualidad nos permitirá proseguir la construcción de nuestro discurso cristiano.

Querriamos esclarecer lo que precede desarrollando esta afirmación: en la predicación, la *explicatio* se relaciona con la *applicatio* como el sujeto con el predicado. La marcha de una predicación tiene lugar en y con la Iglesia tal como ella es en el momento presente. Debe referirse, pues, no al hombre abstracto, sino al hombre de carne y hueso que está ahí hoy, que forma ya parte de la Iglesia o que está aún fuera de ella. Cuando hablamos del hombre de hoy que está ahí para escuchar la Palabra, lo entendemos tanto del predicador como del oyente. La predicación no puede ser, pues, un monólogo que cualquier charlista haría sobre sí mismo y su propio pecado, porque entonces no se podría hablar de Iglesia, de *communio sanctorum*.

Pero existe otro peligro que es quizás más temible aún porque se sucumbe a él más fácilmente: el predicador no debe hablar a la comunidad colocándose fuera de ella, despreciando integrarse él mismo en dicha comunidad. El predicador debe saber cuál es su situación: es portador de una función, sin duda, pero de una función que

le ha sido concedida a la Iglesia, no a su persona. Que no se imagine que gracias a su teología está colocado demasiado alto como para abajarse hacia el pobre pueblo. Debe saber que tiene necesidad, también él, de oír siempre de nuevo la Palabra. El conocimiento de esta situación será la condición determinante de una sana *applicatio*, que será siempre al mismo tiempo *explicatio*.

Cuando, en nuestra predicación, procuramos seguir fielmente la orientación del texto, nos encontramos con una dificultad seria, a propósito de la *applicatio*: ser al mismo tiempo fiel al texto y a la vida moderna. Desgraciado el pastor que no encuentre la actualidad de la Palabra para los hombres de hoy. Pero por otra parte, desgraciado aún más el pastor que ve lo que la Palabra bíblica dice al hombre de hoy, pero que tiene miedo de escandalizar, y que por eso viene a ser un desertor.

La Palabra quiere ser confrontada con el hombre de hoy, quiere agitarle, atacarle, a fin de conducirlo de esta manera a la paz de Dios. No es preciso deformar la Palabra, o evitarla con pereza o desobediencia. El predicador debe por eso tener coraje para predicar como se debe; un coraje que no teme este ataque directo, que está por encima de las consecuencias que pueden resultar de su obediencia al texto. Si se tiene este coraje, entonces es la Palabra de toda la sagrada Escritura quien se encarga de toda la responsabilidad.

Permanecer cerca de la vida y mantenerse fiel al texto. Esta dificultad, para la que no se puede dar ninguna receta, debe permanecer para todos como una advertencia. La predicación temática, en la que es tan fácil hacer de una idea advenediza el centro de la predicación, está más particularmente expuesta a violentar el texto al querer aproximarse a la vida. No confundamos demasiado fácilmente los bellos pensamientos de nuestro yo enamorado de sí mismo, con los pensamientos del texto en general menos confortables y que se prestan menos a la moda del día. Por eso es necesario probar seriamente los materiales de actualidad que se nos ocurren y pasarlos por la criba de nuestro texto. Esta precaución podrá quizás forzarnos a abandonar los más bellos pensamientos que se nos hayan ocurrido sacrificándolos a la dinámica del texto. No temamos una predicación que quizás marche adelante con sus miembros rotos, pero que no será ni cobarde ni inadecuada. Entonces es cuando se muestra el verdadero coraje frente a los hombres, y al mismo tiempo la verdadera humildad frente a la Palabra. La verdadera humildad que conviene cuando se trata con la sagrada Escritura y que es la única que conduce a una predicación bendecida por Dios. Apliquémonos solamente a nuestro texto: el verdadero exegeta descubrirá en él siempre nuevas profundidades y nuevos misterios; su actitud será la de un niño admirado en un jardín maravilloso. ¡Que no juegue a abogado de Dios!



Fidelidad al texto y fidelidad a la vida. Siempre será mejor estar cerca de un texto que cerca de un tema, o demasiado tiempo con él. Coraje y humildad: será siempre necesario mucho coraje, será precisa también mucha humildad; y quizá será preciso poner más acento aún en la humildad, para que el amor de Dios se realice en el amor del prójimo.

### 3. *Redacción, introducción, unidad y conclusión de la predicación*

La redacción debe seguir varias reglas. En primer lugar, *escribir* la predicación, y esto es tan importante que es preciso justificarlo. Sin duda, hacemos un discurso; pero tengamos o no disposiciones para hacer este discurso, no es necesario contar perezosamente con el Espíritu Santo o con otro espíritu, que inspiraría en el mismo momento en que debemos hablar lo que hemos de decir. La predicación debe ser preparada y redactada palabra por palabra. Aquí se aplica muy bien el que hemos de dar cuenta de toda palabra vana. La predicación no es un arte en el que unos podrían improvisar y otros redactar por escrito. Es el acto central del culto evangélico, en estrecha conexión con el sacramento. Sólo una predicación en la que se pueda justificar cada palabra es un acto sacramental. La responsabilidad que entraña cada palabra forma parte de la santificación del pastor. Esta regla vale para todos, y no sólo para los jóvenes. Muchos pastores han adquirido tal habilidad que

creen poder dispensarse de esta disciplina, y sin embargo sus predicaciones no son discursos cristianos. Hay que procurar que la predicación no sea una charla que deja la impresión de que el pastor no se ha preparado.

¿Es necesaria una introducción? No, a menos que se trate de una introducción bíblica. Cualquier otra forma hay que desecharla, y esto por varias razones; vamos a poner de relieve dos:

1. ¿Para qué vamos a la Iglesia? Para oír la Palabra de Dios. Los diferentes actos del culto son ya una introducción a la predicación, que es el punto culminante. Las pocas palabras que la anuncian son suficientes: cualquier otra introducción es tiempo perdido, y ya sabemos que una predicación no debe ser demasiado larga. Pero hay algunas que son demasiado cortas, y se intenta entonces explicar que la brevedad es una cualidad. Este procedimiento puede valer para otra clase de discurso, pero no para la predicación, que debe dejar sitio a la Palabra de Dios: es ésta la que regula el tiempo. Quede claro que la extensión no es un signo de fidelidad; sin embargo es preciso no olvidar que nuestra exposición forma parte del culto que se rinde a Dios, y que este culto es la parte más importante de nuestro domingo. Cuando se da gloria a Dios, no se hace reloj en mano.

2. Muy a menudo la introducción no introduce, sino que distrae el pensamiento de la Palabra de Dios. Los hombres vienen a la Iglesia con toda clase de imágenes en la cabeza, y he

aquí que el pastor toma la palabra para decir otra cosa distinta del verdadero objeto de su discurso. De un golpe su objetivo queda frustrado. Porque justamente son los diez primeros minutos los que tienen una importancia capital: anuncian lo que será la predicación.

Cuando se tiene una introducción ¿cómo se procede generalmente?

1. Un punto de partida muy corriente consiste en hablar del tiempo en que se vive, ante el cual el pastor toma posición de una manera positiva o negativa. Pero éstas son cosas que el oyente conoce quizás mejor que el orador, y que nada tienen que ver con la predicación.

2. O bien se empieza con la cita de un gran personaje. Pero ¿qué significa el nombre de este personaje después que se ha leído y orado? No hace más que dirigir la reflexión de los oyentes en otra dirección. La Palabra bíblica no puede ser avalada por la de un hombre, por bella que ésta sea. Esto es indigno.

3. A veces esta introducción es negativa. El procedimiento es malo. Una exposición sobre el pecado y sobre los errores del mundo no es buena manera de empezar un sermón. Ofrece quizás un horizonte inmenso pero no es lícito alimentar desde el principio a una comunidad cristiana o en vías de serlo con un desbordamiento tal de asperezas. En el mismo orden de ideas, existe el esquema consistente en vituperar al viejo Adán que subsiste en el hombre para oponerle el “sin embargo...” grandioso de Dios. Si se empieza por

hablar de la corrupción humana, se expone uno al peligro de la predicación temática, y la Palabra bíblica queda entonces en segundo plano.

4. Hay quien utiliza, a modo de obertura, un trozo de teología bíblica, o una introducción del antiguo o del nuevo testamento. Esto no tiene su sitio en una predicación como parte independiente, pero puede encontrar su momento de expresión legítima en la exposición del texto.

En ocasiones se intenta justificar la introducción con una razón teológica. Se parte de la idea de que hay en el hombre un polo de atracción de la Palabra de Dios, que espera esta Palabra. ¡Tal cosa sería válida para Adán en el paraíso! Un punto de vista así sería concebible en el marco de una teología romana, en el sentido de la *gratia preveniens* o de la *analogia entis*. Pero si se interpreta la Biblia según los reformadores, se sabe que tales posibilidades humanas no existen, y que la unión entre el hombre y Dios se hace desde lo alto, por un milagro de Dios. Por naturaleza, el hombre no está dispuesto a oír la Palabra de Dios: somos hijos de cólera (Ef 2, 3).

Nos dirigimos a los hombres fundándonos en el hecho de que son llamados al bautismo en Cristo. La promesa es lo único que poseen. Sin embargo, por causa de esta promesa, no hemos de considerar a la humanidad desde un ángulo negativo: aquí es donde Jn 3, 16 alcanza toda su significación. Creemos en el milagro de Dios que se ha producido entre nosotros: este milagro es el que realiza la unión entre Dios y nosotros. Que

un hombre pueda hablar de esto es algo inaudito, pero debe cumplir este servicio. El hombre no ha de tomar otra actitud que la de un mensajero que tiene algo que decir. No es preciso procurar construir una rampa que suba: no se trata de alcanzar una altura. La realidad es que alguna cosa debe venir de lo alto hacia nosotros, y esto se realiza sólo si la Biblia es quien habla desde el comienzo.

La predicación no está compuesta de partes separadas y ordenadas arbitrariamente con relación al texto. Es un todo. Si se la interpreta como un *corpus*, se excluye por lo mismo un arreglo premeditado. Es lógico distinguir partes en la predicación temática, pero este procedimiento no es el nuestro. El texto es el que nos conduce, no un tema. No habrá de separarse, pues, ley y evangelio. Ni hablar más de la fe desde un punto de vista teórico y después de la vida práctica. La *unidad* viene dada por el texto mismo del que es preciso seguir el ritmo propio, resaltando sus proporciones. Por consiguiente es preciso ir de versículo en versículo, pero también puede ocurrir que los versículos no tengan todos la misma cualidad, y que el acento del texto presente variaciones. Sea lo que sea, el contenido esencial es el que debe determinar el desarrollo. Tomemos un ejemplo: Jn 1, 43-52. En este pasaje la predicación debe girar en torno a los versículos 47-48: Cristo conoce al predestinado Natanael; el resto está orientado hacia este núcleo.

No hay, pues, que buscar lo que es preciso decir en primero, segundo o tercer lugar. Obser-